

No fue sino hasta el cambio de siglo, cuando la era victoriana se acercaba a su fin, que los llamados Poetas de la Confederación (Sir Charles G.D. Roberts, Bliss Carman, Archibald Lampman, Duncan Campbell Scott y Wilfrid Campbell, todos nacidos alrededor de 1860) aportaron a nuestra literatura una voz canadiense distintiva, usando temas canadienses característicos, especialmente paisajes. De hecho fue Campbell quien escribió en 1889 el que puede ser el mejor conocido de los poemas canadienses *Indian Summer* (Verano Indio) "A lo largo de la línea de colinas humeantes, se yergue el bosque carmesí..."

Pero en las cuatro décadas pasadas, nuestros escritores nos han dado finalmente un sentido de nacionalidad. Nos hemos visto reflejados en el Montreal de Hugh MacLennan y en su calvinismo de Cabo Bretón, en el pueblito de Manitoba de Margaret Laurence, el paisaje de la pradera de W.O. Mitchell y Sinclair Ross, en el pueblito de Ontario de Alice Munro, el Quebec de Gabrielle Roy, Marie-Claire Blais y Roger Lemelin, en el Valle de Anápolis de Ernest Buchler, el ghetto de Montreal de Mordecai Richler, los muchos Torontos de Hugh Garner, Robertson Davies y Morley Callaghan, la Columbia Británica de Ethel Wilson. Sir John A. MacDonald nos dio los contornos físicos del campo, pero quedó para nuestros escritores definirlo en palabras y darle un alma.

El ritmo se ha acelerado fuera de toda proporción en las dos décadas pasadas. La última edición de *Literary History of Canada* (Historia Literaria de Canadá), por ejemplo, consta de tres volúmenes; los dos primeros cubren los desarrollos desde el comienzo hasta 1960. El tercer volumen está dedicado por completo a 13 años, desde 1960 hasta 1973.

Refiriéndose a esta asombrosa explosión de creatividad, el crítico y autor de Vancouver, George Woodcock comentó: "En Canadá, durante los pasados 20 años han emergido tantos buenos escritores como en toda la historia previa de nuestra literatura."

Los escritores canadienses ya no creen más en que deben irse a otro lugar para ser apreciados. La mayoría de nuestros exilios literarios, los principales entre Mordecai Richler y Margaret Laurence, han regresado a casa dejando sólo a Norman Levine en Inglaterra y Mavis Gallant en París como resistencia. De hecho, en años recientes se ha revertido la tendencia y los escritores inmigrantes han enriquecido nuestra cultura literaria: Austin Blake, del Caribe; Jane Rule, Clark Blaise y Audrey Thomas, de los Estados Unidos; Josef Skvorecky, de Checoslovaquia; Bharatu Mukherjee, de la India; George Jones y George Faludy, de Hungría. Varios escritores han venido de Gran Bretaña, incluyendo tantas aves pasajeras como Arthur Hailey y Brian Moore quienes, aunque se fueron a otros lugares, conservan su ciudadanía canadiense. Y por supuesto, allí estuvo Malcolm Lowry, cuyo *Bajo el Volcán* es una de las novelas clásicas del Siglo XX, quien vivió por 15 años, hasta 1954, en una cabaña junto a de la playa, cerca de Vancouver.

Northrop Frye, crítico académico de renombre, estaría de acuerdo con las declaraciones de Woodcock. En el último capítulo de *Literary History of Canada*, hace comentarios sobre lo que él llama la colosal expresión verbal que se ha dado en Canadá desde 1960: "Por más de un siglo", escribe, "a menudo las discusiones sobre la literatura canadiense toman la forma de diálogos de compradores: '¿Tiene algo de litera-

tura canadiense hoy?', 'Bueno, esperamos que nos llegue pronto'. Pero esa época ya pasó, y al escribir esta conclusión casi siento que estamos a punto de despertar de la neurosis nacional.

Hay muchas más cosas por venir, así como estuvieron por venir todos esos trenes del Ferrocarril Canadian Pacific, pero la literatura canadiense está aquí, tal vez siendo menor, pero no por mucho bajo la mirada crítica paternalista...

Se podría decir que una población del tamaño del Canadá que escribe en inglés, sujeta a todos los impedimentos de que se ha tenido cuenta tantas veces en la crítica canadiense, no produce tanta y tan buena literatura sin una vitalidad y moral extraordinaria tras ella."

El logro es aún más impresionante en el Canadá francófono, una cultura minoritaria, aislada y bajo la presión de ser asimilada. Esta tensión, de hecho, ha producido una literatura vibrante que ha ayudado a abrir la brecha, primero para la liberación del dominio clerical y de la represión política; después para la elección de un gobierno dedicado al separatismo. Fue más que una coincidencia el hecho de que, el candidato del Partido Quebequense que derrotó al Primer Ministro Liberal, Robert Bourassa, en su campaña de Montreal para la elección de 1976, haya sido Gerard Godin, un conocido poeta radical.

Hubieron muchas razones para el florecimiento del talento ocurrido en el Canadá anglófono, una conjunción de varios elementos, pero paradójicamente, Northrop Frye ve los eventos de Quebec como un factor de fuerza. "La Revolución Silenciosa" escribe en su *Literary History*, "fue una liberación imaginativa tan impresionante como la que se puede mostrar al mundo contemporáneo: liberación no tanto de la dominación clerical o de las políticas corruptas, sino del peso de la tradición... me parece que el evento cultural decisivo en el Canadá anglófono durante los años anteriores ha sido el impacto del Canadá francoparlante y su nuevo sentido de identidad. Le tocó a la Revolución Silenciosa crear un sentimiento real de identidad en el Canadá anglófono, y hacer del nacionalismo cultural una fuerza genuina en el país."

El nacionalismo cultural mencionado por Frye, con sus sobretonos de antiamericanismo, tuvo su mayor empuje con la presión emocional levantada por las celebraciones del Centenario Canadiense en 1967. Eso fue cuando varias casas editoriales de pronto hicieron frente al tipo de literatura nueva que las grandes editoriales comerciales rechazaban a menudo. La principal entre ellas era la casa editorial de Anansi Press, fundada por Dave Godfrey y Denis Lee. Godfrey y Lee han tenido carreras impresionantes como novelistas y poeta respectivamente, pero Anansi y la mayoría de las otras casas editoriales pequeñas que comenzaron más o menos al mismo tiempo, han sido víctimas de la realidad económica para las publicaciones canadienses.

El problema de llegar a un gran mercado en un país pequeño siempre ha sido un factor inhibitorio para la industria editorial canadiense. Si bien los Poetas de la Confederación fueron los primeros que escribieron fuera de un contexto estrictamente canadiense, no atrajeron gran público. Uno de los primeros canadienses que sí lo hizo fue Ralph Connor (seudónimo para el Reverendo Charles William Gordon, ministro presbiteriano cuyas veinticinco novelas iban de acuerdo